

“Capítulo 20. De los años de [17]89, [17]90 y [17]91”
p. 94-99

José Hermenegildo Sánchez García

*Inscripción, ensaladillas y diarios de este Real de Borbón
Testimonio de un soldado cronista sobre Nuevo
Santander, 1760-1814*

Patricia Osante y Carrera y Nancy S. Leyva Gutiérrez
(estudio introductorio, transcripción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

LXIV + 174 p.

Figuras

(Serie Documental 33)

ISBN 978-607-30-7629-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de agosto de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/782/inscripcion_ensaladillas.html

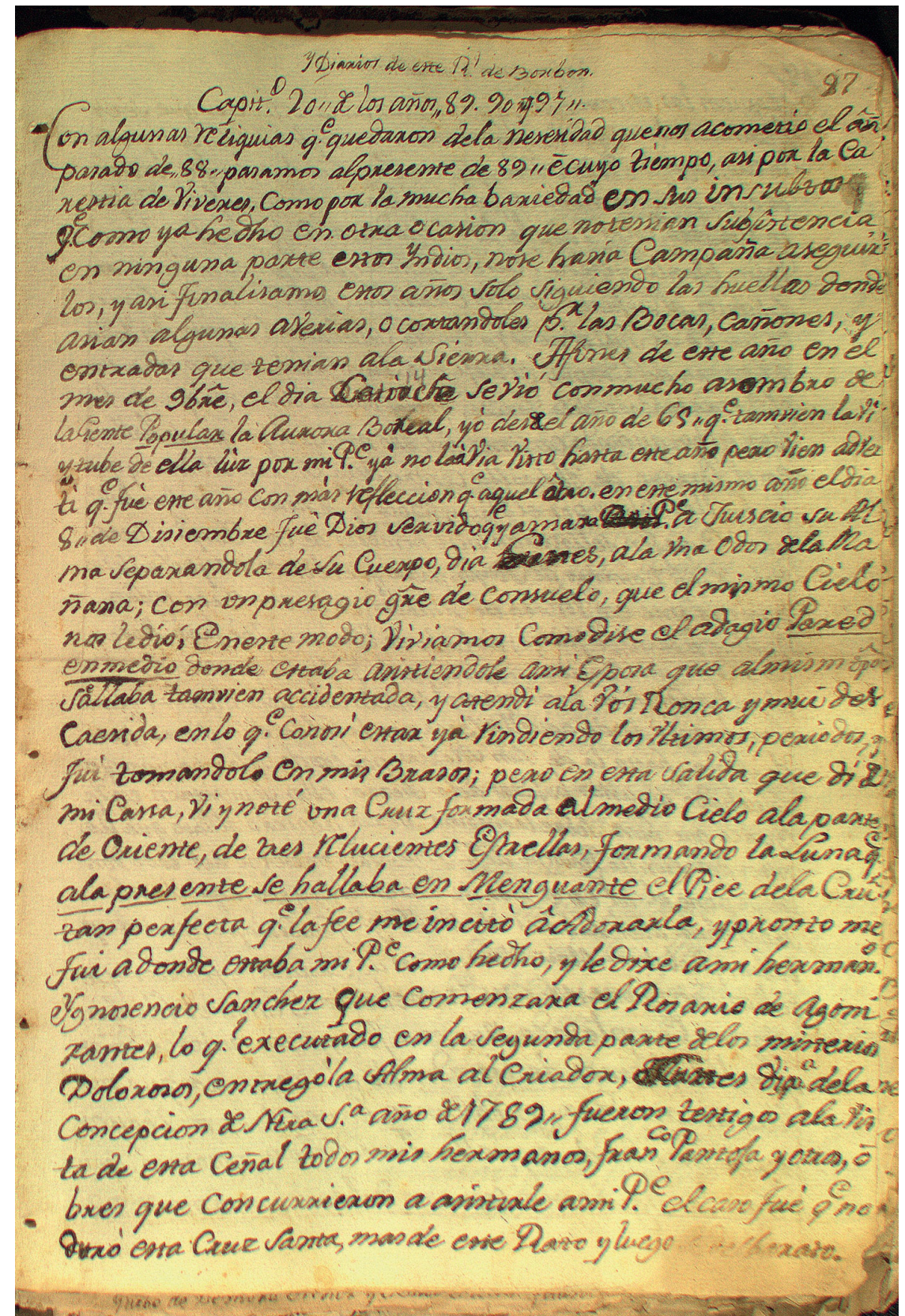


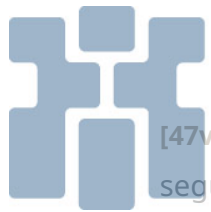
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



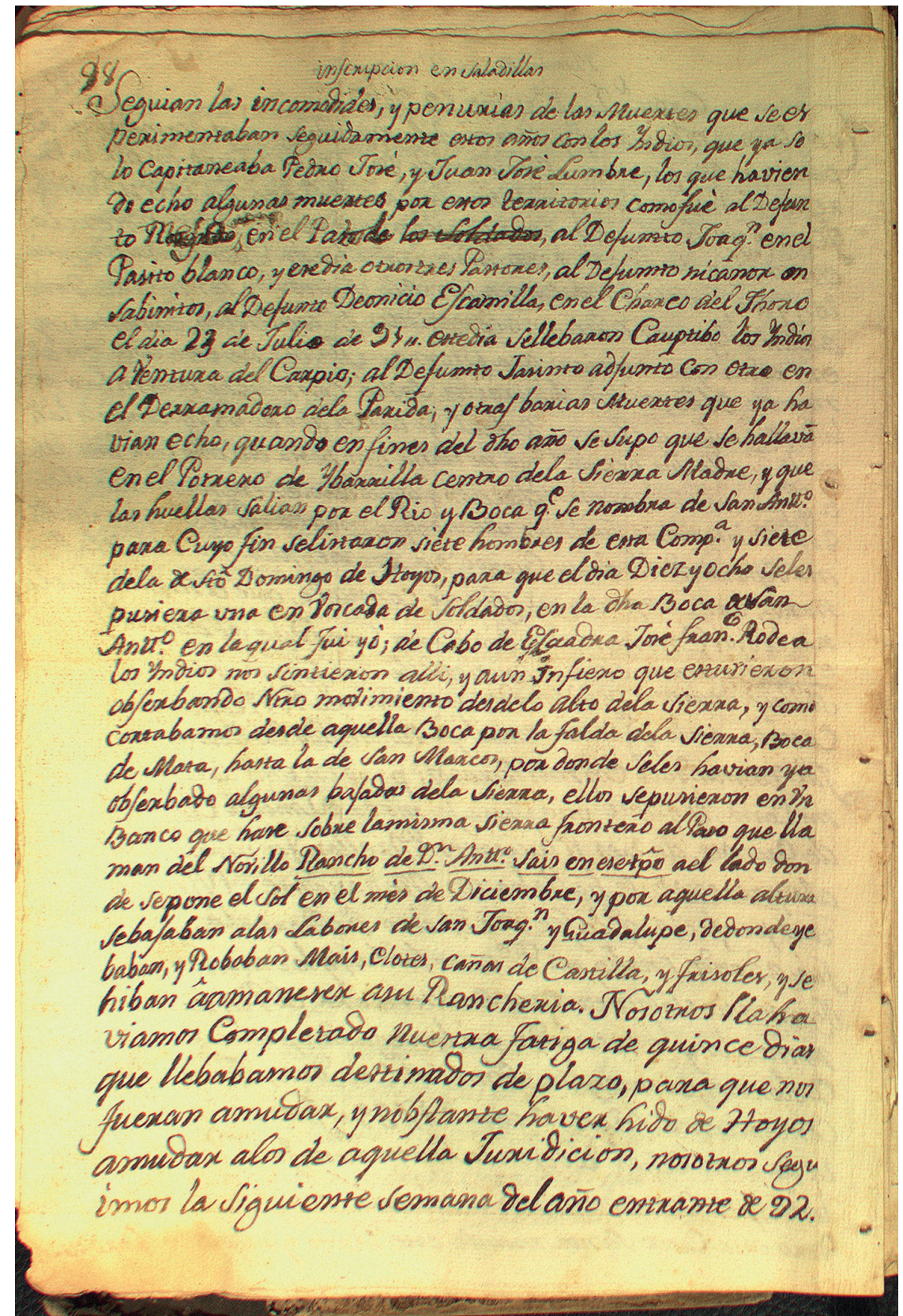
Con algunas reliquias que quedaron de la necesidad que nos acometió el año pasado de [17]88, pasamos al presente de [17]89 en cuyo tiempo, así por la carestía de víveres como por la mucha variedad en sus insultos que como ya he dicho en otra ocasión que no tenían subsistencia en ninguna parte estos indios: no se hacía campaña a seguirlos; y así finalizamos estos años sólo siguiendo las huellas donde hacían algunas averías o cortándoles por las bocas, cañones y entradas que tenían a la sierra. A fines de este año, en el mes de octubre, el día 14, se vio con mucho asombro de la gente popular la aurora boreal. Yo desde el año de [17]65 que también la vi y tuve de ello luz por mi padre ya no la había visto hasta este año, pero bien advertí que fue este año con más reflexión que aquel otro. En este mismo año, el día 8 de diciembre, fue Dios servido que llamara [a mi] padre a juicio su alma separándola de su cuerpo, día lunes, a la una o dos de la mañana, con un presagio grande de consuelo que el mismo cielo nos lo dio en este modo: vivimos como dice el adagio, pared en medio donde estaba asistiéndole a mi esposa que, al mismo tiempo, se hallaba también accidentada; y atendí a la voz ronca y muy descaecida en lo que conocí estar ya rindiendo los últimos periodos; y fui tomándolo en mis brazos; pero en esta salida que di de mi casa vi y noté una cruz formada al medio cielo, a la parte de oriente, de tres relucientes estrellas, formando la luna que a la presente se hallaba en menguante el pie de la cruz tan perfecta que la fe me incitó a adorarla; y pronto me fui a donde estaba mi padre [y] como he dicho y le dije a mi hermano Inocencio Sánchez que comenzara el rosario de agonizantes, lo cual ejecutado en la segunda parte de los misterios dolorosos, entregó el alma al creador, lunes, día de la Concepción de Nuestra Señora, año de 1789. Fueron testigos a la vista de esta señal todos mis hermanos, Francisco Pantoja y otros hombres que concurrieron a asistirle a mi padre. El caso fue que no duró esta cruz santa más de este rato y luego se desbarató.



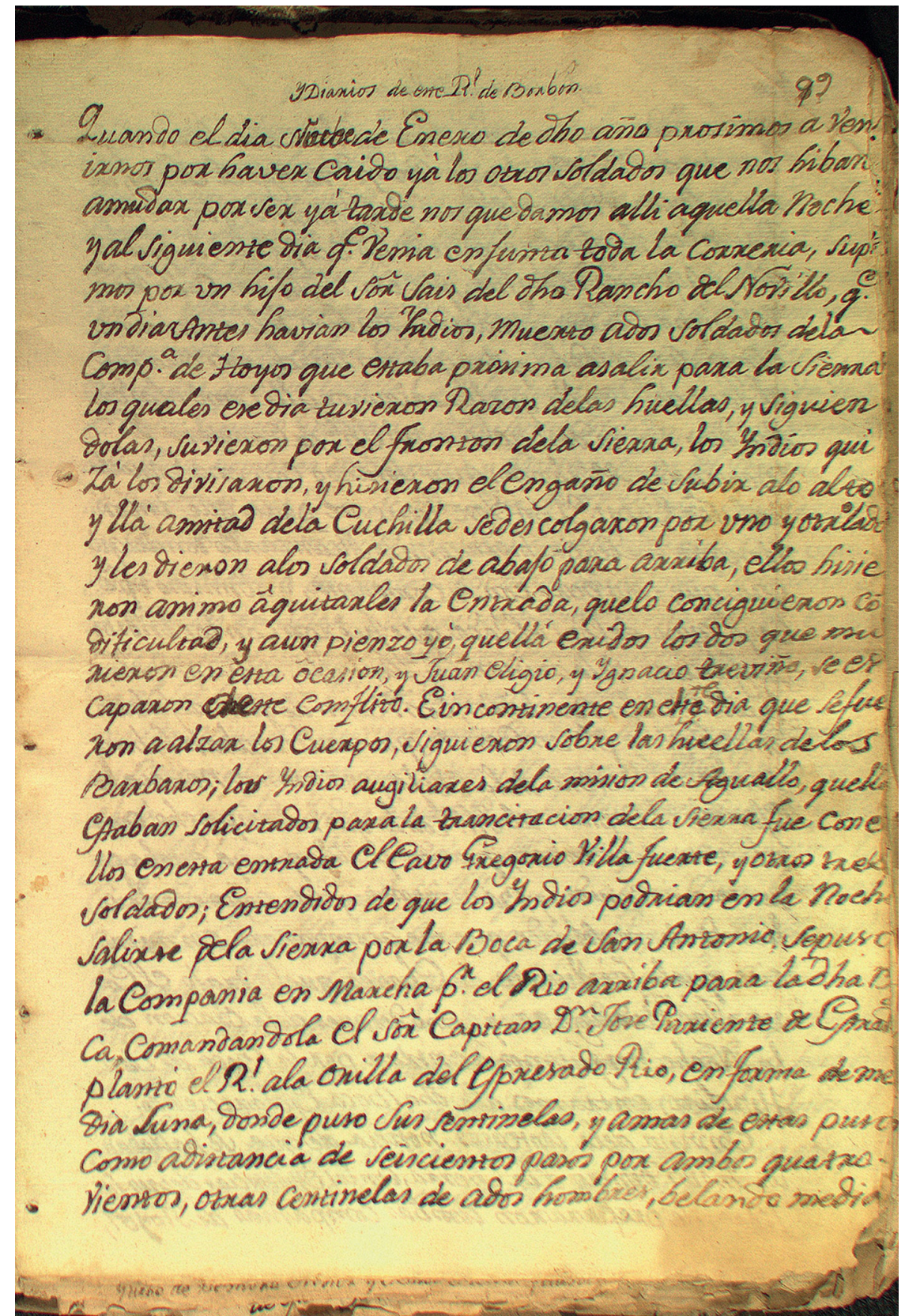


[47v] Seguían las incomodidades y penurias de las muertes que se experimentaban seguidamente estos años con los indios, que ya sólo capitaneaba Pedro José y Juan

José Lumbré los que habiendo hecho algunas muertes por estos territorios como fue al difunto Meza [tachado en el paso de los Soldados], al difunto Joaquín en el pasito Blanco, y ese día otros tres pastores, al difunto Nicanor en Sabinitos, al difunto Dionisio Escamilla en el charco del Toro el día 23 de julio de [17]91. Este día se llevaron cautivo los indios a Ventura del Carpio, al difunto Jacinto adjunto con otro en el derramadero de la Parida y otras varias muertes que ya habían hecho cuando en fines del dicho año se supo que se hallaban en el potrero de Ibarrilla, de la Sierra Madre, y que las huellas salían por el río y boca que se nombra de San Antonio para cuyo fin se listaron siete hombres de esta compañía y siete de la de Santo Domingo de Hoyos para que el día 18 se les pusiera una emboscada de soldados en la dicha boca de San Antonio, en la cual fui yo, de cabo de escuadra, José Francisco Rodea. Los indios nos sintieron allí y aun infiero que estuvieron observando nuestro movimiento desde lo alto de la sierra; y como cortábamos desde aquella boca por la falda de la sierra, boca de Mata, hasta la de San Marcos, por donde se les habían ya observado algunas bajadas de la sierra, ellos se pusieron en un banco que hace sobre la misma sierra frontero al paso que llaman del Novillo, rancho de don Antonio Saiz en ese tiempo, al lado donde se pone el sol, en el mes de diciembre; y por aquella altura se bajaban a las labores de San Joaquín y Guadalupe de donde llevaban y robaban maíz, elotes, cañas de castilla y frijoles, y se iban a amanecer a su ranchería. Nosotros ya habíamos completado nuestra fatiga de 15 días que llevábamos destinados de plazo para que nos fueran a mudar; y no obstante haber ido de Hoyos a mudar a los de aquella jurisdicción, nosotros seguimos la siguiente semana del año entrante de [17]92.



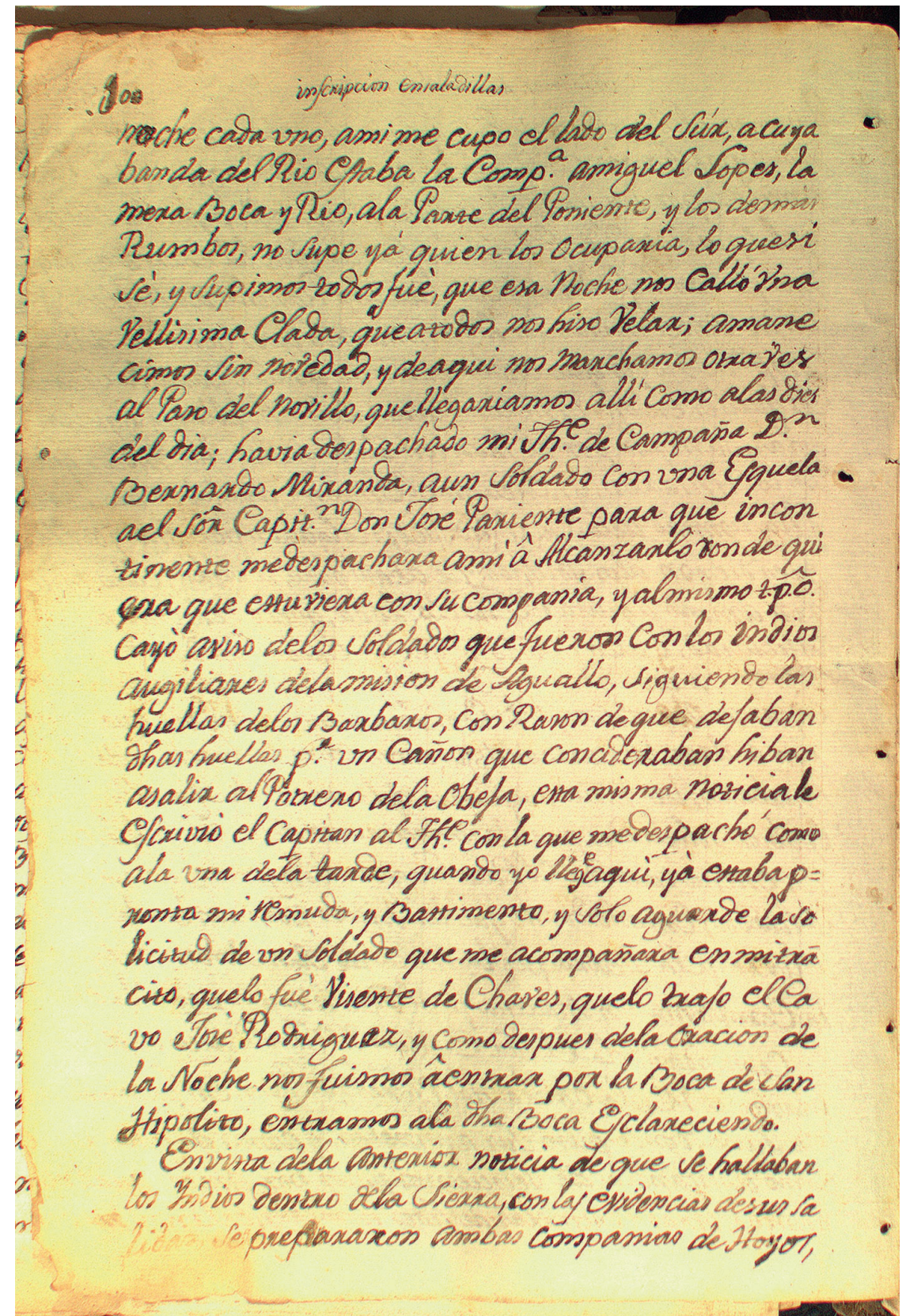
[48] Cuando el día 9 de enero de dicho año, próximos a venimos por haber caído ya los otros soldados que nos iban a mudar, por ser ya tarde nos quedamos allí aquella noche; y al siguiente día que venía en junta toda la correría supimos por un hijo del señor Saiz del dicho rancho del Novillo, que un día antes habían los indios muerto a dos soldados de la compañía de Hoyos que estaba próxima a salir para la sierra, los cuales ese día tuvieron razón de las huellas y siguiéndolas subieron por el frontón de la sierra. Los indios quizá los divisaron e hicieron el engaño de subir a lo alto, y ya a mitad de la cuchilla se descolgaron por uno y otro lado y les dieron a los soldados de abajo para arriba; ellos hicieron ánimo a quitarles la entrada que lo consiguieron con dificultad y aun pienso yo que ya heridos los dos que murieron en esta ocasión; y Juan Eligio e Ignacio Treviño se escaparon de este conflicto. Incontinenti en este día que se fueron a alzar los cuerpos siguieron sobre las huellas de los bárbaros los indios auxiliares de la misión de Aguayo que ya estaban solicitados para la transitación de la sierra. Fue con ellos en esta entrada el cabo Gregorio Villafuerte y otros tres soldados. Entendidos de que los indios podrían en la noche salirse de la sierra por la boca de San Antonio se puso la compañía en marcha por el río arriba para la dicha boca, comandándola el señor capitán don José Pariente de Estrada. Plantó el real a la orilla del expresado río en forma de media luna donde puso sus centinelas y a más de estas puso como a distancia de seiscientos pasos por ambos cuatro vientos otros centinelas de a dos hombres velando media

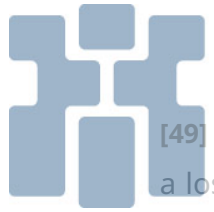


[48v] noche cada uno. A mí me cupo el lado del sur a cuya banda del río estaba la compañía; a Miguel López la mera boca y río, a la parte del poniente; y los demás rumbos no supe ya quien los ocuparía.

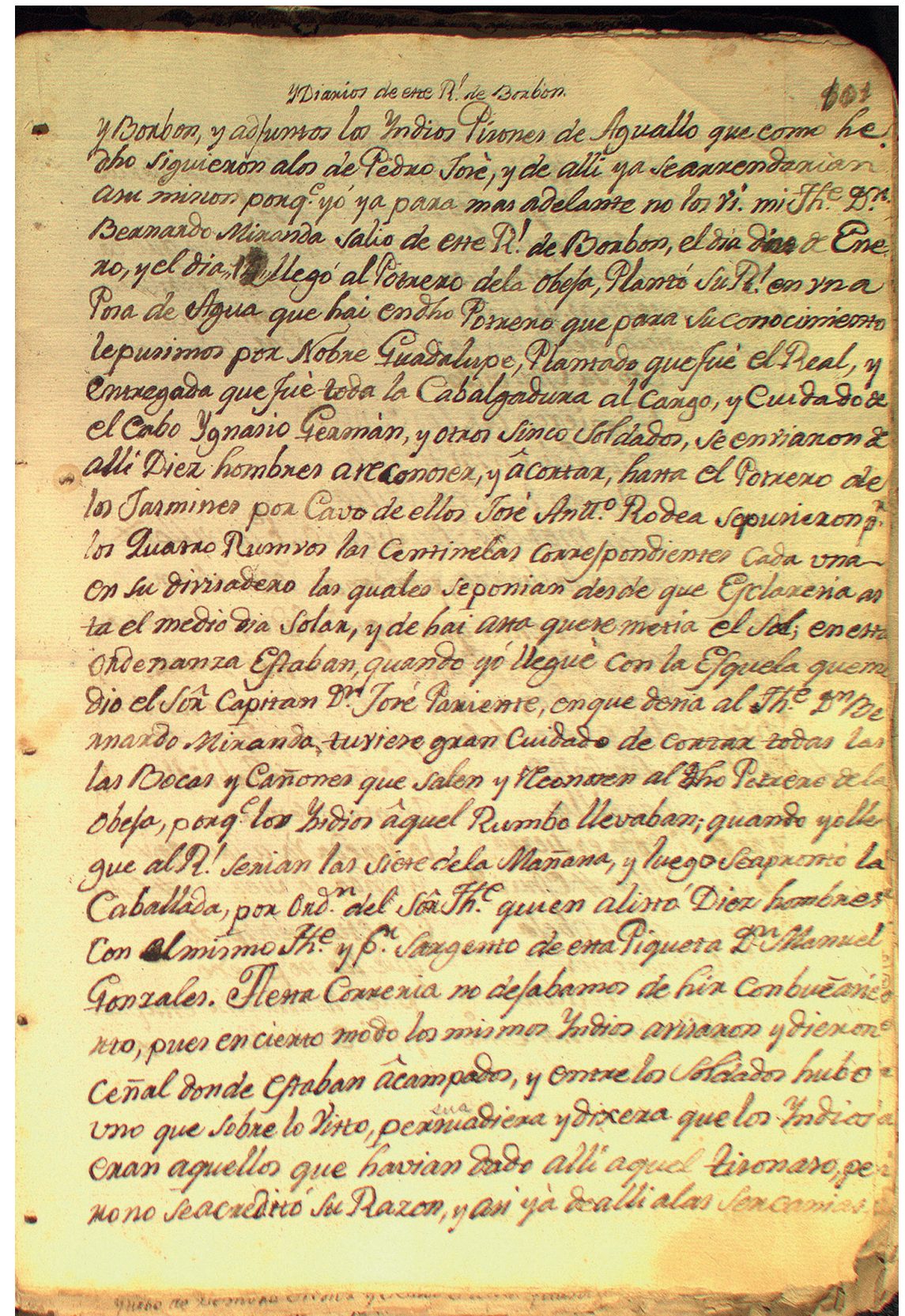
Lo que sí sé y supimos todos fue que esa noche nos cayó una bellísima helada que a todos nos hizo velar. Amanecimos sin novedad; y de aquí nos marchamos otra vez al paso del Novillo, que llegaríamos allí como a las 10 del día; había despachado mi teniente de campaña don Bernardo Miranda a un soldado con una esquela al señor capitán don José Pariente para que incontinenti me despachara a mí a alcanzarlo donde quiera que estuviera con su compañía; y al mismo tiempo cayó aviso de los soldados que fueron con los indios auxiliares de la misión de Aguayo, siguiendo las huellas de los bárbaros, con razón de que dejaban dichas huellas por un cañón que consideraban iban a salir al potrero de la Oveja. Esta misma noticia la escribió el capitán al teniente con la que me despachó como a la una de la tarde. Cuando yo llegué aquí ya estaba pronto mi remuda y bastimento y solo aguardé la solicitud de un soldado que me acompañara en mi tránsito que lo fue Vicente de Chávez que lo trajo el cabo José Rodríguez. Y como después de la oración de la noche nos fuimos a entrar por la boca de San Hipólito. Entramos a la dicha boca esclareciendo.

En vista de la anterior noticia de que se hallaban los indios dentro de la sierra con las evidencias de sus salidas, se prepararon ambas compañías, de Hoyos





[49] y Borbón y adjuntos los indios pisonos de Aguayo que como he dicho siguieron a los de Pedro José y de allí ya se arrendarían a su misión porque yo ya para más adelante no los vi. Mi teniente don Bernardo Miranda salió de este Real de Borbón el día 10 de enero y el día 12 llegó al potrero de la Oveja; plantó su real en una poza de agua que hay en dicho potrero que para su conocimiento le pusimos por nombre Guadalupe. Plantado que fue el real y entregada que fue toda la cabalgadura al cargo y cuidado del cabo Ignacio Germán y otros cinco soldados, se enviaron de allí 10 hombres a reconocer y a cortar hasta el potrero de los Jazmines; por cabo de ellos José Antonio Rodea. Se pusieron por los cuatro rumbos los centinelas correspondientes, cada una en su divisadero, las cuales se ponían desde que esclarecía hasta el mediodía solar y de allí hasta que se me metía el sol. En esta ordenanza estaban cuando yo llegué con la esquela que me dio el señor capitán don José Pariente en que decía al teniente don Bernardo Miranda tuviese gran cuidado de cortar todas las bocas y cañones que salen y reconocen al dicho potrero de la Oveja, porque los indios aquel rumbo llevaban. Cuando yo llegué al real serían las siete de la mañana; y luego se aprontó la caballada por orden del señor teniente, quien alistó diez hombres con el mismo teniente y por sargento de esta piqueta don Manuel González. A esta correría no dejábamos de ir con buen acierto, pues en cierto modo los mismos indios avisaron y dieron señal dónde estaban acampados; y entre los soldados hubo uno que sobre lo visto persuadiera y dijera que los indios eran aquellos que habían dado allí aquel tizonazo; pero no se acreditó su razón; y así ya de allí a las cercanías



[49v] donde estaban se arrendó la correría a trazar el seguimiento de dichos indios al potrero de Ibarrilla: serían las tres de la tarde cuando llegamos al real.

Cerremos este capítulo con unas seguidillas que también prometí que introduciría en mis diversiones. Con estas advertencias ya irán los soldados novicios con alguna noticia de la sierra y sus entradas. Sale su canto en fesau con su estribillo.

Si quieren oír los cantos
que hay en mi tierra,
verán las seguidillas
de marcha en sierra (estribillo)

Tiene entradas la sierra, por donde marchan tres cañones o cuestras que aquí he de nombrar: San Antonio, la Oveja, Pablillo y no hay más; ¡y cuidado, soldados! no os vais a rodar que sin ser avecilla tú puedes volar.

El río de San Antonio
sale a Ibarrilla
y de allí todo es sierra
de seguidilla (estribillo)
El cañón de la Oveja
va a camarones
y es vereda seguida
ya a Labradores (estribillo)

El cañón de Pablillo
junta y se cierra
la vereda va a Jáuregui
y anda la sierra. (Estribillo)
Con ésta me despido
que ya no puedo,
pues la marcha está pronta
y hay canto nuevo.

Soldados que anduvimos fuimos 24

Sargento don Manuel González, cabo don Antonio Saiz, José Antonio Rodea Faustino Sánchez, Hermenegildo Sánchez, Marcos José, Francisco Villafranca, Cayetano Flores, Juan José Rubio; Juan Rubio, Marcelo Flores, José María Cepeda y José María Morales.

